

- ¡Vetusteces!
- Vetusteces, ¡ah!, sobre las que descansan los pueblos.
- Pues si no hubiéramos prescindido de las más antiguas y de las más respetables, cree, Nerón, que no serías emperador.
- Cálmate, Agripina — dijo Nerón.
- No puedo con calma oír que desacates á tu madre.
- ¿Cómo?
- ¡Me desacatas, Nerón!
- Cálmate, Agripina — dijo también Vitelio, uniendo sus ruegos á los ruegos de Nerón.
- Pues repito que me maravilla mucho pueda sobre la presencia tuya en el Senado decir Vitelio que es imposible, y no pueda decir Nerón sobre tu asistencia incomprensible á la recepción de los embajadores armenios que no la consentirá.
- ¿Cómo que no la consentirá?
- No la consentirá.
- Nerón, empiezas la vida desacatando á tu madre y el imperio desobedeciendo á la emperatriz.
- ¡Madre y señora!..
- ¡Hijo descastado!
- Yo puedo tolerar todo cuanto hagas á solas y en secreto de mi corona.
- ¿De tu corona? — preguntó airada la emperatriz.
- De mi corona — dijo el emperador recalcando la palabra.
- Dioses, decidle qué corona de ignominia llevaría en sus sienes el hijo de Æneobarbo, si Agripina no le ciñe con sus propias manos, á impulsos del corazón suyo de madre, la corona cesárea.
- El horóscopo — dijo Vitelio, acercándose de nuevo al oído de la emperatriz, — el horóscopo.
- Mira, Nerón — exclamó Agripina, serenándose al recuerdo de la profecía hecha por los adivinos y astrólogos, como si viera en todo cuanto pasaba, no la voluntad propia del César, un fatal decreto del destino, — mira, tengamos la fiesta en paz. Por una ley natural has de sucederme y heredarme; no tengas impaciencia y no fuerces al tiempo, demandándole cosa que deberá darte por necesidad ineludible. Mañana tenemos, como te iba diciendo, embajadores, y embajadores de Armenia, punto capital estratégico en el

mundo romano. Has visto cuánto yo hiciera por granjear á tu mocedad un imperio que tu mocedad no puede por modo alguno dirigir; está en él como estarías en una escuela donde aprendieras á reemplazar pronto al maestro mismo que te daba lecciones. Has visto cómo gobierno, cómo decreto, cómo legislo: mañana verás cómo trato á los embajadores. Mi objeto único, al meterme, como ves, en todo, es enterarte de todo por medio de lo más instructivo, por medio del ejemplo. Cultivo un campo hermoso para ti, dejándote pingüe propiedad en el mejor estado que puede imaginarse. Por consécuencia, no te malhumores y deja vivir á tu madre. Bésame y á la cama.

Besó Agripina con amor á su hijo y dió la mano con descuido á su ministro, despidiéndolos, y decidida por aquella noche á no reoír los plañidos del uno y los consejos del otro. Nerón salió con apariencias de humilde, pero con rabia de humillado. El disimulo imperaba ya en sus costumbres. Cuando parecía que los años le prestaban la naturaleza franca y soberbia del fiero león, resultaba, con prematuras perfidias, felino y traidor como un tigre. Así se guardó la suya, callando ante Vitelio que le acompañaba y apercibiéndose á un primer acto, de verdadera emancipación, aunque apareciese con visos de rebeldía. Despidió muy cariñoso al ministro, y hasta muy alegre, porque los reconcomios y los rencores iban por dentro, sin permitirse pasar á los labios, magüer que á borbotones saltaban y hervían en el corazón. Mas, ya solo, ya encerrado en su cubículo, dió rienda por completo á su rabia. Como realmente no tenía con quien pegar, la pegó consigo. Rasgóse la túnica en pedazos. Retorcióse las manos como si padeciera dolores atroces. Golpeóse la cabeza. Dos ó tres veces se tiró contra el suelo como si quisiese destruirse y aniquilarse. Mugió en unos momentos como becerrillo en celo. Maulló en otros como gato montés en acecho de segura caza. Corrió por la estancia con saltos de hiena enjaulada. Y concluyó por arrojarle á su lecho como si á un abismo se arrojara. Pero no podía dormir. Se levantó, llamó á varios domésticos y les propuso irse detrás en aquellas altas horas de la noche. Los de su servidumbre, que le obedecían cual maniqués, se dispusieron á seguirle; pero cejó pronto en su propósito; «y eso — decía — que sólo tengo á mano como mujer á mi esposa Octavia,



reservada por mí en una intangibilidad que habrá de hacerla muy buena para vestal.» Mas no queriendo irse por aquella noche á la prostitución, resolvió compensar ésta con la Filosofía. Y no queriendo en aquel momento despertar á su maestro Séneca, encargó le llamaran muy temprano y le dijeran como necesitaba de su consejo. Y así lo hicieron. Pero no durmió Nerón. El insomnio ataca de continuo al nervioso y al demente. La prueba mejor del desarreglo de los nervios dada por Nerón, era esta vigilia constante, que le constreñía en las febriles noches eternas á salir de casa, y dejando el cubículo y su lecho, á correr como un loco en busca de varias y profundas emociones. Aquella noche se retuvo en su alcoba, si bien vigilante y desvelado, hasta que vino el alba, y á poco del alba el filósofo requerido. Nerón le dijo á Séneca cuanto sucedía, y le pidió sobre todo ello su juicio y sentir. Séneca esquivaba mucho decidirse. Como viera el rompimiento entre Claudio y Agripina con anticipación, veía el rompimiento ahora entre Nerón y Agripina como un hecho inevitable. Y muy propenso de suyo á inclinarse del lado que se inclinaría la victoria, no sentía seguridad alguna del proceder de Nerón y no fiaba gran cosa en su destreza, siquier tuviera esperanza grandísima en su fortuna. Pero temía, y lo temía con fundamento, verse aplastado, por cogido como entre dos ruedas entre los disentimientos de la madre y del hijo. Muy sabio de suyo, y amén de sabio industriadísimo por los hechos en la vida humana, entendía que mientras pugnasen hijo y madre lo respetarían á él ambos, por prometerse de su flexibilidad que sirviese á cada cual de instrumento. Y como sabía esto, tan favorable á su poder en aquella corte, sabía también cómo en cuanto la guerra se declarase y cualquiera de los contendientes triunfara, lo perdería todo él; pues si ambos á dos lo deseaban en sus sendos planes para instrumento, lo aborrecían y lo rechazaban como tutor, enemigos por la envidia, natural á las alturas, de la incontestable soberanía que sobre todos le daba su manifiesta superioridad. Así, viendo tan próxima la nube á estallar, despachó cuatro generalidades científicas y le dirigió al pupilo esta jaculatoria moral:

— Bueno curar de tu Imperio, pero en términos de que tal cura no llegue á quitarte los afectos justos; como bueno curar de tu cuerpo, pero en términos de que tal cura no llegue á convertirte alguna

vez en esclavo suyo. Debes gratitud á tu madre y no es cosa de olvidarla por un poco de gobierno más ó menos, ni de conducirla tampoco á un extremo que te desdore y envilezca. Procede respecto del Imperio como tantas veces te he dicho procedas respecto del cuerpo. Sin él no puedes vivir ciertamente; pero tampoco debes para él vivir con proscripción y olvido de tantas y tantas cosas como te obligan en tu calidad triple de hijo, de ciudadano, de César. Querer demasiado el Imperio equivale á querer demasiado el cuerpo. A fuerza de cultivarlo, caerás en el vicio, cuando no hay placer verdadero sin medida y sin honestidad. Guarda el Imperio; si lo crees detentado por tu madre, recábalo, pero sin olvidar cuanto á ésta debes y sin ofenderla. Como la pobreza, como la enfermedad, como la deshonra, debe uno á toda costa impedir la opresión, más dolorosa para ti que para los demás, pues el sitio donde te hallas parece destinarte á imponerla tú á los demás y á no aguantarla de nadie. Comprendo te subleve ahora el dominio de Agripina por el aparato que trae, como nos asusta el verdugo, no ciertamente por sí, por las herramientas de atormentar y matar que apareja y monta. Otros enemigos te importarán más que tu madre y te amedrentarán menos. Cuando la ves desde sus alturas venir á ti, parécete que se viene sobre ti todo un ejército. Así burla cuanto puedas su fuerza y poder; pero con semblante y apariencias de acatarla y servirle. Te perdonará mejor una falta de obediencia que una falta de respeto. Conozco que, reteniendo ella el poder y deseándolo entero tú para ti, no podéis, no, ser amigos. Pues no seáis enemigos. No provoques su cólera. Estrellaríaste contra el escollo. Bordéalo. Evita cuanto pueda en alguna manera dañarte, pero sin apariencias de evitarlo. Quanto más quieras de su mano desasirte ahora en la vida, mayor culto debes ofrecerle y prestarle de palabra. No la huyas, pues desamamos todo lo que huímos. Cuanta menos razón tenga ella, más debes tú estar con ella de racional y de conciliador. Eres joven. Suple lo corto de tu edad con lo largo de tu circunspección. Procura no aumentar con una imprudencia de tu parte la fortuna y el poder de quien desee robarte así la fortuna como el poder mismo. Ni sientas la envidia en tu corazón, ¡oh César!, ni procedas de modo que llegues á promover odio á ti en el corazón de una madre que por amor á ti tantas temeridades ha hecho. Ármate



de la Filosofía y te servirá como no podría ningún puñal servirte. Todo vicio tendrá que disfrazarse con los trajes del bien, si quiere conspirar contra la virtud. Nerón, es muy difícil que la discordia entre tu madre y tú interese á los hombres. Si de la libertad se tratase, correríamos todos á su auxilio y defensa en Roma, como Pompeyo en Farsalia, como Bruto en Filipos, como Catón en Utica. Pero no se trata de la libertad, por todos desconocida; no se trata de esto, se trata de si debe reinar Nerón ó debe reinar Agripina. No se trata de la calidad de nuestro derecho; se trata del nombre de nuestro señor. Ya puedes comprender la indiferencia de todos. Hasta en la vida privada podéis ejercer el gobierno, cuando pensáis con una razón desembarazada y procedéis á derechas. ¿Cuánto más no habrá de suceder esto á ti, siendo como eres el primero entre los hombres y no el último entre los dioses? Mucho puede la conciencia reprobar en Agripina sus ambiciones, mas procura también que la conciencia no repruebe tus ingratitudes. Puesto que mandas, no des á tu poder aspecto de rebeldía. Puesto que de buen hijo te precias, por captar demasiado el Imperio no te olvides, no, de la Naturaleza.

— No me gusta, Séneca, tu sabido método de echar con meditación reconcentrada y voluntad firme una de cal y otra de arena en todos los problemas, y con especialidad en los problemas relativos á las relaciones entre la persona de mi madre y mi persona. Yo he dejado hacer cuanto le pedía el gusto á la emperatriz. Ha dado decretos de proscripción. Pues proscritos están los que condenara ella. Le ha parecido bien dar sentencias de muerte. Pues muertos sus enemigos. Nada tan repugnante á mi corazón como la inmolación del tesorero Narciso, tan fiel á Claudio. Arriba, en las alturas, donde nos hallamos expuestos á las traiciones, debe reconocerse y premiarse la fidelidad como servicio á uno, aunque sea en obsequio de otro. Pero quiso que se matara el fidelísimo liberto sobre el sitio mismo donde mandó matar á Mesalina, y allí murió, sin que saliese una protesta de sus labios. Ha querido divinizar á Claudio. Dios es, aunque te rías tú de su divinidad. Ha querido llamarse sacerdotisa. Por sacerdotisa la tenemos todos. Ha querido instituir un colegio augural claudiano. Pues un colegio claudiano hay, como si Claudio se identificara con Júpiter. Dos lic-

tores pidió. Dos lictores lleva como los reyes antiguos. A guisa de general manda la legión germánica. Que la mande. Luego designa la cohorte pretoriana que debe dar la guardia. Que la designe. Raja y corta por donde le parece. Que raje y que corte. Pero se levanta la infeliz á mayores y no puedo consentirlo. Ya sabes el discurso lleno de promesas, dictado por ti para el Senado. Pues nada menos intenta que reunir el Senado en su cubículo. Con toda lisura te digo que no puedo consentirlo. Su mismo favorito Vitelio, perro suyo, se lo afea. Y ahora vamos á lo grande. Ya sabes de cuántos prestigios arriba y de cuántos respetos en todas partes gozan los embajadores llegados desde luengas tierras al seno de Roma. Sobre si podían venir los reyes aliados ó no en persona, sobre si podían venir ó no los reyes sometidos, sobre las prerrogativas que debían tener y los privilegios que debían gozar, sobre los sitios de sus residencias y sobre los emolumentos de su cargo ha discutido en Roma siglos de siglos. Hay un ceremonial para su llegada. Se les designa de oficio una grande habitación, que habrá de hallarse fuera ó dentro de nuestros muros, según que tengan tal ó cual carácter. Nunca el Senado ha querido ceder sus privilegios en la recepción de embajadores. Durante los cónsules, pronunciaban éstos el discurso de bienvenida, pero bajo el dictado de los trescientos senadores que han gozado aquí, en guisa de reyes, incontestable autoridad. Acordaos de la que armaron estos señores cuando vinieron los dos monarcas Ptolomeos del Egipto á deferirles su grandioso litigio. El embajador es un monarca. Su asiento en los juegos se halla colocado casi al nivel de nuestro asiento. Los gastos de su residencia entre nosotros se pagan del erario romano. Siempre su recepción fué como una ceremonia religiosa. ¿Pues no se ha empeñado Agripina en recibirlos ella? ¡Imposible, imposible, imposible de todo punto! ¿Qué van á decir los senadores? Cuando han grabado en columna de plata y con letras de oro el conjunto en serie de todo aquello prometido por mí respecto de la conservación de sus prerrogativas, no habrá quien me imponga un desconocimiento tan deshonoroso de mi palabra y un olvido de mi deber tan grande. ¡Cómo se burlaría de mí Persio! ¡Qué versos no sugeriría la indignación á Lucano en sus cánticos del régimen antiguo y en sus comparaciones elocuentísimas de este su predilecto régimen repu-